

dáveres, se mezcló con la atmósfera y la corrompió. El infeliz campesino comprendió que tenía encima un nuevo azote, la peste; azote que no se limitaba al territorio ocupado por el enemigo, sino que se estendía, como la atmósfera, en todas direcciones. No pudiendo consagrarse ya al cultivo y la recolección de los frutos, pues que estos no existían, se dedicó á desembarazarse del fatal legado que había recibido en su lugar. Tarea inútil: los fosos que abría, las piras que elevaba debían servir juntamente para su cuerpo y los de sus enemigos. El invasor y la víctima yacían en la misma tumba, eran consumidos por la misma llama. Una nueva invasión amenazaba á Sicca: habiendo roto el terror pánico todos los lazos de la disciplina, viose correr á la ciudad, como á un asilo contra el hambre y el contagio, á miles de aldeanos y de esclavos, con sus gefes é inspectores, y hasta á los arrendatarios y los dueños de las tierras. Los habitantes de Sicca, aunque tan asustados como ellos, mostraron mas energía y decidieron no dejarlos acercarse. Se cerraron las puertas de la ciudad, trazóse un cordón sa-

nitario de los mas rigurosos; pero la continua presión fué causa de que aquella multitud lograrse por último entrar, á manera del agua en un buque, ó de la luz al través de los postigos cerrados; y como, por otra parte, el aire no puede ser puesto en cuarentena, la peste triunfó al cabo, y apareció en las callejuelas y cuevas de Sicca.

CAPITULO XVI.

“¡Oh miserables espíritus de los hombres! ¡Oh corazones ciegos!” esclama con verdad un gran poeta pagano, aunque por motivos que distan mucho de ser los verdaderos; pues la razón de lamentar la suerte de los hombres es, que no interpretan las señales de los tiempos y del mundo según la intención de Aquel que las ha colocado en los cielos; que estando escritas en la etérea bóveda las palabras Mane, Thexel, Phares, no saben leerlas; y que, en lugar de dirigirse á Daniel, acostumbrado á conversar con los ángeles, van á buscar en otra parte un intérprete, poniendo su

confianza en Magos ó Caldeos, que solo conocen el lenguaje de la tierra. Tal era entonces la situacion de los desgraciados habitantes de Sicca; medio muertos de hambre, afligidos por una peste que debia hacer aun muchas victimas; perplejos y agobiados con la vuelta á la ciudad de aquella poblacion que habian enviado de tiempo en tiempo á los territorios vecinos, ó que habia provisto sus mercados, no pudieron nunca imaginar que la verdadera causa del azote que acabamos de describir era su iniquidad á los ojos de su Criador, cuyo brazo los habia herido, y que la interpretacion directa y natural de aquella prueba era: "Convertios y haced penitencia." Al contrario, no acudieron mas que á sus vanos ídolos y á las vanas ceremonias que estos ídolos exigian, y creyeron que no habia medio mas seguro de librarse de la miseria, que sostener una mentira y abatir á los que las rechazaban. De este modo el azote enviado para su bien sirvió, gracias á su tenaz ceguedad, para su mayor condenacion.

El Foro, que era el punto donde se reunia ordinariamente la gente ociosa

y disipada, se convirtió entonces mas y mas en centro del hambre y de la enfermedad, de las personas robustas sin trabajo, de los esclavos emancipados temporalmente por las circunstancias, de los jóvenes corrompidos y desenfrenados que no tenian casa ni abrigo. En grupos y por compañías, dentro y fuera de los pórticos, en las gradas de los templos y junto á las tiendas y puestos del mercado crecia dia por dia la multitud, procedente del interior y de los alrededores, y compuesta de las distintas razas que la ciudad y el campo contenian. La magistratura y la fuerza civil, encargadas de conservar el órden en Sicca, eran incapaces de hacer frente á las circunstancias actuales; y los *millites stationarii*, especie de guarnicion que representaba el poder romano, aunque prontos á obrar imparcialmente contra los magistrados ó contra la muchedumbre, no tomaba partido ni por aquellos ni por esta, en caso de collision. Realmente los vinculos sociales estaban rotos, y los elementos políticos pugnaban entre sí; lo cual tenia que suceder en medio de tan gran calamidad pública, cuando la irritacion de unos

individuos contra otros era general, á falta de algun objeto determinado que sirviese de blanco á la cólera comun.

Los sacrificios estaban casi abandonados, y apenas se consultaba ya la llama ni las entrañas de las víctimas; porque los continuos actos depreccatorios no habian producido la menor disminucion en sus padecimientos. Además, los sacerdotes habian observado por punto general que los augurios eran, ó poco propicios, ó contrarios. En un cordero se encontró una especie de molleja en lugar de hígado; una puerca habia mascado y tragado las flores con que la adornaron para el sacrificio; y una ternera, despues de recibir el fatal golpe, en vez de caer en tierra y morir, se habia lanzado dentro del templo, dejando tras sí huellas sangrientas, y habia caido muerta precisamente delante del sagrado *adytum*. Como último recurso, el pueblo acudió á la mágia y á los sortilegios; y se consultaron muchos viejos, que practicaban estraños ritos, creciendo la popularidad de estos en proporcion de su estravagancia. Se cavaron fosos en sitios apartados para sacrificar á los dioses infernales; amuletos, ani-

llos, flechas, libritos de memoria, guijarros, clavos, huesos, plumas, leyendas Efesias ó Egipcias, estaban en boga y mantenian las esperanzas ú ocupaban la atencion de aquellos que, de otro modo, no hubieran cesado jamas de pensar en sus padecimientos presentes ó futuros.

Otros se entregaban, de grado ó por fuerza, á diversiones mas crueles y mas sérias. Surgian continuas disputas entre los arrendatarios, los pequeños propietarios de tierras, el gobierno y los oficiales de la ciudad; disputas tan repetidas y violentas, que, aun haciendo abstraccion del ruido de voces y de las escenas de furor y de rabia, desesperariamos de poder representarlas al lector. Un oficial del campamento se quejó á una de las autoridades municipales de que la guarnicion no habia recibido trigo en seis ó siete dias, y el funcionario atribuyó la culpa al arrendatario, quien, para escusarse á su vez, pretestó que no le habia sido posible encontrar los animales necesarios para conducir los carros á Sioea, pues aquellos con que se puso en marcha habian muerto de estenuacion en el camino. Un empleado

del *Officium* de la sociedad de los publicanos ó colectores de *annona*, amenazaba con la espulsion á cierto número de pequeños terratenientes, porque no contribuian con su contingente de trigo para el pueblo Romano: el *Officium* del *Notarius*, ó ayudante del prefecto, habia escrito á Sicca desde Cartago en términos violentos; y fuerza era enviarlo, aunque las langostas hubiesen devorado cuanto trigo existia en las granjas y los graneros. Se intimó á muchos arrendatarios medio muertos de hambre el pago de sus contribuciones, y á pesar de que ignoraban la lengua latina, comprendieron perfectamente que se castigaria con la última pena al que se descuidase en llevar el dinero. Mas ellos, dotados de un carácter feroz y tenaz, parecian despreciar la amenaza, contentándose con responder, que la muerte no era una pena, mientras la vida no fuese un bien.

El *Villicus* de uno de los decuriones, que tenia una posesion en la vecindad, esponia sus miserias al hombre de negocios de su principal.

—¿Qué va á ser de nosotros? decia. La mitad de los esclavos han muerto, y

los restantes están tan débiles, que me es imposible terminar el trabajo del mes. Ha llegado la época de esquilarse el rebaño, y me temo que no habrá lana. Las abejas van luego á enjambrar, y es preciso que estraigamos su miel y purifiquemos la cera. Debemos arrancar las hojas blancas de la manzanilla y poner en infusion en aceite sus flores doradas. Debemos coger las uvas silvestres, pasar las flores por la criba y conservar en miel el residuo. Debemos sembrar *brassicum*, peregil y coriandro para la primavera próxima. Debemos hacer queso. Debemos cocer al sol ladrillos blancos y rojos y tejas, y nos faltan brazos. El *Villicus* no tiene la culpa, sino la cólera de los dioses.

El empleado que tenia en el país el procurador de la *Basilica* imperial protestaba que no se encontraba el insecto del cual se estraia el tinte; y argüia diciendo que las langostas los habrian devorado, ó la planta de que se alimentaba tal insecto, ó bien que los habria destruido la peste. El anciano Córbulos deseaba ardientemente su febrifugo, y uno de sus esclavos disputaba con el carretero del mercado, quien le referia

que Magon habia muerto de una fiebre mas maligna que la de su amo, y que de su casa debia venir la raiz.

—¡Bribon! gritó el esclavo, mi amo habia contratado con él por todo este año, anticipándole el dinero.

Una rechifla general acogió las palabras del irfortunado sirviente, quien con demasiada verdad preveía que su vuelta sin la medicina seria la señal de su condenacion sumaria al *pistrinum*.

—Que el anciano Córbulu siga á Magon en su descenso á los infiernos, dijo uno de la chusma: que vaya á tomar su medicina en el palacio de Pluton, y nos deje el pan y el vino de que le ha provenido la gota.

—¡Pan! ¡pan! fué la respuesta que siguió á esta denuncia, y se estendió en un círculo mayor que aquel de que formaban parte el esclavo y el carretero.

—¡Vino y pan, Ceres y Baco! esclamó un jóven legionario, que despues de una noche de orgía, salia, medio ébrio aún, de uno de los despachos de vino establecidos en las bóvedas de las *Thermæ* ó baños calientes. Apartaos, vil cieno de la tierra, africanos medio amasados, medio fermentados, que no

habeis sido nunca hombres completos; antes bien os pareceis á los monos babinos, compuestos como vosotros de tres cuartas partes de mosto, dos de vinagre y una quinta parte de agua: como iba diciendo, sois semejantes á un mal licor, y vuestro aspecto levanta el estómago y ofende la vista.

La multitud, sin moverse, miraba con disgusto su escudo, única porcion de la vestimenta militar que el legionario habia conservado despues de su borrachera. La superficie blanca, con una eminençia de plata en el medio, rodeada de tres círculos sucesivos, uno blanco, otro rojo y el tercero decolor de púrpura, mostraba que pertenecía á los *Testiani*, soldados de la tercera legion itálica, situada en Africa desde el tiempo de Augusto.

—Misérables mestizos de lengua doble, continuó, ¿de qué servís, no siendo para recolectar los frutos de vuestros propietarios y señores, *Romanos dominos rerum* (1)? Por lo tanto, hoy que no existen tales frutos, vuestra inutilidad es manifiesta, marchaos á casa y

(1) Los romanos dueños de todas las cosas.

morid y ahogaos, pues solo sois buenos para quitar vuestros cadáveres de junto á las narices de un romano, la nata de la especie humana. Monos bastardos, y por lo mismo propensos á adquirir la peste, mientras que nuestra sangre hierve y espumea en nuestras rojas venas como leche acabada de ordeñar en una copa de vino; y el vino es demasiado fuerte para este clima, y mi sangre se enciende y bebo una medida llena á la salud de la gran Roma; porque, ¿no dice el viejo Horacio: *Nunc est bibendum* (1)? Apartaos, pues, y dejadme pasar.

La mayor parte de aquella multitud, compuesta de campesinos y de plebe, no entendía el latin, pero todos comprendieron el vocabulismo, la sintáxis y la lógica, cuando el soldado aplicó su puño al rostro de un individuo que no quería dejarle libre el paso, y cuando el último respondió á este insulto con una puñalada. La chusma se arrojó sobre el agresor; mas él, haciéndoles una mueca y amenazándoles con el puño, saltó á un lado y á todo correr se

(1) Ahora es tiempo de beber.

situó en un espacio que habia quedado libre. Llevado mas bien de su humor pendenciero que de miedo, lanzó un grito de alarma y acudieron en su ayuda dos ó tres de sus camaradas, que salian tambien de tabernas y burdeles. El pueblo los recibió á pedradas; y la nata de la especie humana iba probablemente á ser batida en regla, cuando al ver el sesgo que tomaban las cosas, dieron rienda suelta á las piernas y fueron á ocultarse en el templo de Esculapio, junto al Foro. La multitud los siguió allí, los sacerdotes intentaron cerrar las puertas, se empeñó una lucha, y estalló el motin. La conservacion de sí mismo es la primera ley del hombre: así el sacerdote del dios, temblando por la seguridad de sus magníficos edificios y convencido de que los alborotadores no pedian sino pan, como era la verdad, se presentó á ellos, les echó en cara su impía conducta, y les mostró cuán absurdo era suponer que hubiese en el recinto del templo el pan que necesitaban; pero al mismo tiempo añadió que al otro extremo del Foro estaba una de las panaderías mas considerables de Sicca. El mas leve impulso determina los

movimientos de una multitud que se encuentra escitada. Los amotinados se dirigieron sin demora al barrio en cuestion, donde efectivamente habia un vasto y hermoso almacen de granos de todas clases y de otros productos. Sin embargo, en aquel momento parecia hallarse poco surtido, pues el panadero, como hombre prudente, habia temido que una muestra demasiado grande de provisiones sirviese solo para provocar á personas hambrientas. Pero los agresores no eran gentes fáciles de engañar; uno de ellos gritó que el panadero, por interes propio, habia retirado su trigo del mercado, almacenándolo en lo interior. Los demas se prevalieron de esta indicacion para precipitarse en la casa, cuyas puertas estaban abiertas. El panadero huye como mejor puede; sus molinos y sus hornos son hechos pedazos; se entra á saco toda la casa; la chusma se apodera de cuanto encuentra; arroja, destruye, come, segun la índole de los objetos; y enardecida por aquellos mismos escesos, se siente inclinada á acometer nuevas empresas.

Sin embargo, aun no tiene un plan

de accion determinado. Algunos, yendo en busca de trigo, penetran en la caballeriza detrás de la casa, y se traen consigo al asno, que á la sazón se ocupaba en moler para el panadero. Era un animal de grandes pretensiones, como no se veia por lo común en los molinos; y mostraba á la par la riqueza y el estado floreciente del comercio de su dueño. Los asnos de Africa son de mejor planta que los de las regiones del Norte; y este, aun entre los de aquella parte del mundo, podia pasar por hermoso. Un individuo se montó en él, y seguido del populacho, que le servia de escudero, marchó en busca de aventuras. Empezó por dar vuelta al Foro, cuya poblacion mal sana se le reunió; aquí algunos pilluelos, allí unas cuantas mugeres ébrias, mas léjos gran número de esclavos del campo medio embrutecidos y no pocos labriegos. Sea por curiosidad ó holgazaneria, mala índole, esperanza de botin, ó vago deseo de ocuparse en cualquier cosa, resultó que todos los que no tenian que perder se agregaron á su séquito; y al contrario, á medida que avanzaba y que crecia el tumulto, cuantas personas contaban con una posicion,

los *vernæ* de confianza de las principales familias, los arrendatarios, los tenderos, los agentes de negocios, los empleados desaparecían al momento de la escena.

—¡Africa! ¡Africa! era el grito de la multitud; grito que como nos lo dice un antiguo escritor, significaba en aquella region, que se habia concebido un nuevo plan y que se trataba de llevarlo á cabo.

Repentinamente, mientras caminaban, se oyó un rugido sordo y terrible que salía de la tienda portátil de un sirviente de la corte imperial, el cual se ocupaba en trasladar las fieras desde lo interior á la costa, donde eran embarcadas para Roma. Entonces le estaba confiado un magnífico leon, que miraba con magestad por entre los barrotes de su jaula á la chusma, que á su vez empezó tambien á contemplarle. En actitud y cualidades mentales sobrepujaba á todos aquellos hombres. Mientras que se agolpaban para ver de cerca á la fiera y provocarla, una voz penetrante gritó: *¡Christianos ad leones, Christianos ad leones!* ¡Los cristianos á los leones! Siguióse un profundo silencio, como si estas palabras hubiesen cortado la respiracion á aquella masa confusa de gen-

te. Al cabo de un rato la misma voz repitió: *¡Christianos ad leones!* Esta vez todo el Foro resonó con el siniestro grito. El destino del día, la direccion del movimiento estaba determinada; se tenía ya un objeto fijo, y lo admirable era que la multitud hubiese tardado tanto en buscar y hallar una causa tan óvia de sus infortunios, un motivo tan propio para su venganza. *¡Christianos ad leones!* repetían en la ciudad y en el campo, así los sacerdotes como el pueblo.

—¡Viva el emperador! ¡Viva Decio! Hace tiempo que nos lo ha dicho, y su edicto no se ha obedecido. ¡Mueran los magistrados! ¡A los cristianos! ¡A los cristianos! ¡Viva el gran Júpiter! ¡Mueran los ateos!

Apenas se habian puesto en marcha, cuando alcanzaron á ver el asno.

—¡El Dios de los cristianos! gritaron, ¡el Dios de los cristianos!

Su primer impulso fué entregar el pobre animal al leon; en seguida pensaron sacrificarle, pero no sabian á quién. Por último, convinieron en obligar á los cristianos á rendirle culto, y adornándole de un modo vistoso y ridículo, le pusieron al frente de su procesion.